

José Abreu Felipe

DILE ADIÓS A LA VIRGEN



De la presente edición, 2018

- © José Abreu Felipe
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-18-8

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

A la memoria de Gabriel Cabrera Castellanos (1952-2018)

*Los hombres tienen contados sus días.
Todo cuanto hacen no es más que viento.*

Gilgamesh

Lo mejor del hombre es el espanto.

Goethe

LOS CARACOLES Y LOS CÍRCULOS,
AGOSTO DE 1983

...pero ahora estaba repasando la conversación con Carlos Miguel mientras caminaban por la Avenida del Puerto rumbo a la Iglesia de las Mercedes y se sentía eufórico. No era solo la muy documentada y clásica capacidad para soportar el dolor y las adversidades (en la que ostentaba un doctorado), sino también una sensación injustificada de bienestar que no podía ni quería disimular a pesar de la paranoia, a pesar de la cercanía del mar con sus olores que lo transportaban hacia eras nada imaginarias. Un estado físico perfecto, como si todos los chacras se hubiesen puesto a girar al unísono (remolinos pintados de optimismo, de exaltación, de entusiasmo, de placidez); como si la serpiente lo estuviera vivificando ya. Estaba eufórico (tal vez sin excesiva razón o demasiado pronto), a pesar de todas las cosas malas en las que no quería pensar ahora; y de las buenas, allá por la prehistoria, antes de nuestra era, en

los tiempos benévolos. Tenía que recordar el precepto bíblico, que los muertos entierren a los muertos, dejar a Hugo en paz, a sus fieles difuntos descansar en la otra galaxia que ya habían hecho todo lo que pudieron (y más también). En el reino actual de monjas y VW más valía que pensara en los vivos, en esos que estaban por ahí, sosteniéndolo, apoyándolo, en la recta final. Thais la primera, envuelta entre la canela y la vainilla, cabalgando, trotando sobre su cintura, inyectándole ganas de seguir, porque no hay nada, Bicho Raro, solo este instante y hay que morirse con ella dentro (la alegría de vivir, como decía La China, no seas mal pensado), porque mañana, dentro de un rato, ni siquiera sabemos si estaremos, si seguiremos siendo. Abel, el amigo entre los amigos, a pesar de su cara larga, de sus cambios de humor, de sus turbios silencios, de su machismo a ultranza. Arturo, un recordatorio de lo que apenas quedaba atrás, ese estado intermedio donde todavía era fácil, entre otras cosas, echarse a llorar en público: puro instinto, energía y un cuerpo con la belleza de la juventud, ahí, a su alcance. Rafael la Mano del Muerto con sus enormes güevos asimétricos, su pinga corva como una hoz sin el martillo (que si la estirasen le llegaría a media pierna) y su obsesión con Francia. Reina, Rita, Amado, Monguito, El Chino, Abilio y todos los demás, que en este tiempo fueron entrando y saliendo de su vida y su cuerpo, de su cerebro y de su espacio. A pesar de las monjas, una vez más y siempre, claro, acechando, jodiendo meticulosamente hasta el final de los finales. Pero Octavio no quería pensar más en eso, lo que necesitaba era gritar, sacar todo aquello que lo estremecía de felicidad sin importarle que el muchacho que lo acompañaba fuera o no fuera policía, pellizcarlo

la cara, halarle la barba, quizás hasta atreverse a agarrarle un güevo en plena calle. Sin pesar en la chapa (HO2916) del VW amarillo que acababa de doblar delante de sus ojos (¿o fue una visión?, ¡pasó tan rápido!). Porque ya todo estaba a punto de definirse, si Dios y la Virgen y todos sus Santos lo querían, y no pasaba nada más, no surgía ninguna nueva complicación. Sería el fin de la espera, de las colas, de la resistencia. El tiempo visto así se había ido volando; pero no, no se fue volando (volando se fue René), sino todo lo contrario. Se fue machacándole los güevos segundo a segundo, minuto a minuto, hora a hora, día a día (así los anotaba en sus hojas de libreta), y él siempre alerta, siempre vigilante, con los nervios a punto de reventar.

Toda su vida, que repasaba ahora, había estado marcada por un círculo. Un círculo enfermizo que se abría y se cerraba (siempre el mismo y siempre diferente), y que había estado presente desde que vio el rostro de su madre por primera vez. Un círculo que Octavio no fue capaz de descubrir en las argollas que tintineaban en los brazos de Tata Torres y que muchos años después (en otro mundo, otro planeta, otra dimensión, otra clase de infierno) se rompería al cerrarse de golpe contra el asfalto. Un círculo que se proyectaba, por la boca de la lámpara de luz brillante, en el cielo negro que, de noche, hacía sudar a su padre y que después le rajaría la cintura. ¿No vendría al final la imagen metálica de un enorme círculo, como una aureola, alrededor de su cabeza? Demasiados círculos para una sola vida, multitud de círculos ascendiendo como una espiral en una calle pobre sin asfaltar y sin aceras, con una zanja por donde todas las aguas y todos los deseos se escurrían. Ahora se estaba cerrando el último círculo (al menos

en esta parte del infierno) pero Octavio aún no lo sabía. ¿Así que en mariguana todos los recuerdos, en el humo que asciende y se hace denso? Círculos de todos los tamaños y todos los colores. En uno viene bajando de la loma un adolescente desnudo. Ya había escampado y su madre y él, desde la ventana de la sala de la casita, frente a la zanja, lo ven pasar. Trae un ladrillo en cada mano y mira sin ver hacia delante. Los pocos transeúntes después del aguacero se apartan espantados y lo dejan seguir. Su madre empieza a llorar por el muchacho. Está loco, seguro se escapó del sanatorio, pobrecito, dice, pero Octavio se deja llevar por otras imágenes. Ve los mismos círculos que le enseña Manuel recostado a la pared del fondo. El muchacho se abre toda la portañuela —menos el botón de arriba—, mete la mano y los extrae; se ven blancos y lisos contra la tela negra. En otro hay dos cubos donde la leche y la sangre se confunden. Santi bombea las ubres de la vaca y la leche golpea sonora contra el latón. Como ráfagas, como palos contra la espalda, como los chorros en el orgasmo, regidos por el ritmo cardíaco y la vía láctea entera. En un tercero cae la sangre del carnero degollado, que se queja y lo mira pero no se muere. Ante sus ojos los tres círculos se aproximan y se cortan (como en los gráficos de la teoría de conjuntos) y otra vez su madre está llorando y lo llama. No entiende por qué le mete aquellas monedas en la mano. ¿A que no sabes quién te manda estos quilos? ¿A que no sabes? Se lo llevaba del mismo parque donde intentaba colgarse de las argollas igual que lo hacía Mongo.

Círculos a donde huir y de donde escapar. Octavio mira el pequeño altar de yeso de su difunta madre. Es el mismo que le regaló su tío Atardo. Pequeño, de esos que

sirven para las esquinas de los cuartos. Allí están sus Santos, los de ella (cuando alguien venga me los mandas, le dijo en una carta). También hay un lazo hecho con guano bendito y una pequeña imagen (metálica, gris) de la Virgen de Fátima que había ganado cuando niño, en un concurso de su parroquia recitando de memoria la definición de infierno (según el catecismo). Y estampas de San Lázaro, Las Mercedes y Santa Bárbara, escoltando los libros (tres tomos de las obras completas de Martí) que cubiertos con un tapete tejido por su madre, servían de base a la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Una talla antigua de madera, algo descascarada la pintura en la capa, la corona torcida y sin brillo, faltan los remos de los pescadores. En un costado, un pomo con una piedra de la Caridad y unos cuantos quilos. Echa un par más que saca del bolsillo y sacude un poco el polvo (es tarea imposible acabar con el polvo en aquella casa vacía). Prende la vela, es pequeña, apenas sobresale sobre el plato de su única taza de café (sin asa). Después va al comedor, toma agua, y vuelve al primer cuarto donde está el altar. Una pared da para la calle, al jardín donde hace siglos había una mata de diamelas y donde dibujó en la tierra un círculo peludo con un hueco en el medio. La otra a un pasillo que la separa del Comité de Defensa de la Revolución de Teresa Carrillo. Cae la tarde y el cuarto con las ventanas cerradas está ya prácticamente en penumbras. Entonces no lo piensa más y se arrodilla, por primera vez en no se sabe cuántos milenios, extiende los brazos con las palmas hacia arriba y levanta la cabeza hacia el altar con los ojos cerrados. Quiere hablar con la Virgen como lo hacía su madre y comienza a balbucear, a construir palabras que apenas pronunciadas se desmo-

ronan sin elevarse, caen por su propio peso. La Virgen permanecía ajena, impasible, como si no entendiera nada y él hablando como un imbécil. Con su madre no pasaba así. Ella se arrodillaba y daba la impresión de que estaba secreteando con una vecina. Decía que de sobra sabía que no tenía que explicarle nada porque ella era santa y todo lo veía. Siempre había estado ahí, acompañándola, de barrio en barrio, de cuarto en cuarto, de miseria en miseria. Su madre la cargaba bajo el brazo, a donde quiera que fueran a vivir. Jamás se olvidaba de ella, le ponía flores y velas, le rezaba y le hablaba mucho. Los demás no, porque eran demasiado jóvenes y para ellos el tiempo no pasaba igual. Solo de vez en cuando se acordaban, cuando estaban en problemas, enfermos o con algún temor. Como él ahora (se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena, protestaba su madre). Entonces alzó la voz: Si es verdad que existes y que puedes verme por dentro sabes que todo esto es verdad. Mírame aquí acabado, tan poca cosa, arrodillado, yo que era tan engreído, tan prepotente y tan soberbio, humillándome ante ti para pedirte que me dejes reunirme con mi madre, con mi familia y con Hugo, que todos podamos estar juntos otra vez. Si no lo haces por mí, hazlo al menos por ella. Amén. Y después empezó a rezar un avemaría atrás del otro hasta que la mente se le fue para otro lado, no pudo mantener la oración en la cabeza, le entró sueño y se quedó dormido recostado a la cama, al pie del altar.

El martes siguiente cuando fue a ver a Miranda (por la guarfarina de los bolos) le preguntó que para dónde era que se había mudado Osvaldo, el tata que los había rayado hacía ya unos cuantos años. Para Oriente, le dijo su amigo; no podría ayudarlo en ese barretín. Así que

empezó a experimentar por otras vías, otros caminos, otras fronteras, visitó cuanto santero, espiritista y palero le recomendaron. Eso sin contar que Abel le estaba prestando libros relacionados con el ocultismo, la acupuntura, la teosofía y el yoga, que aunque no lo convenían mucho y se mantenía muy escéptico, lo distraían (a parte del factor aventura). De vez en cuando iba a casa de Emilio, un amigo de Abel, verdadero experto en la materia, y aprendía cosas nuevas, ejercitaba el cuerpo y la mente, y sus horizontes se ampliaban. Entre paleros, espiritistas y santeros encontró de todo, desde vividores y estafadores (la mayoría), gozadores entusiastas (un mulato imponente empezó despojándolo con escoba amarga y terminó deshollinándolo), hasta gente buena con deseos de ayudar. Hacía todo lo que le mandaban, despojos, velas, baños con flores y perfumes, se rogó la cabeza y se pasó varios huevos que había que romper en las cuatro esquinas, depositó ofrendas en el río, en el mar y donde confluían, en el cementerio y en la loma, al pie de la ceiba y en el monte, en la finca donde antes iba a cazar. Hizo de todo, menos matar animales. Ya no mataba ningún animal por pequeño que fuera. Al final, a punto de darse por vencido, conoció a Alberto, palero y babalao. Aquello fue el principio de la euforia que lo estremecía hoy, un arco del círculo que hablaba con caracoles. Ahijado del legendario Arcadio, vivía, como era de esperar, en Guanabacoa. Un día Emilio le contó de un muchacho que en el examen médico para el servicio militar le habían detectado un tumor inoperable en el cerebro. La madre, después de agotar todos los recursos de la ciencia fue a ver a Arcadio, que vivía por detrás de la cárcel de mujeres de Guanabacoa, y el hombre lo curó. Emilio vio las dos placas, el antes y el

después, con y sin tumor. Le dijo que Arcadio ya estaba retirado o había muerto (dicen que sus cosas, como las de Andrés Petit, están en un museo de su ciudad), y le habló de Alberto. Con mucho tacto, Octavio fue reuniendo datos, preguntando, hasta que se empató con alguien que lo conocía (Manteca, uno de los asiduos al póquer de los viernes y que tenía hecho santo, le dio la dirección). Yo hablo con él y después te digo cuando puedes ir, si es que puedes, le advirtió Manteca.

Sábado de noche. Llegó puntual y un muchacho muy lindo, de unos catorce años, descalzo y sin camisa, lo condujo a través de una casa de madera muy vieja a punto de caer, hasta un patio techado. Aquello parecía una cueva con el techo muy blanco, pero las paredes eran puro monte. Selva tupida y olorosa donde abundaban los marpacíficos. En el centro una mesa larga y estrecha y al fondo, contra lo verde, estaba Alberto con la cabeza baja como si estuviera meditando o durmiendo. Era un mulato muy gordo, casi una esfera, de piel clara y rasgos infantiles. No era posible calcularle la edad, podría ser un niño o un anciano, su voz era suave, pausada, con muchos silencios. Le dijo que lo estaba recibiendo por Aniceto (Manteca) porque ya él no revisaba a nadie, estaba retirado, tenía la vista borrosa y la cabeza se le iba, pero que había preguntado, había pedido permiso y lo habían autorizado, él no sabía por qué, sus muertos, sus santos, ellos y ella, sobre todo ELLA, dijeron que lo hiciera, que lo viera. Las manos eran como erizos de mar caminando despacio sobre la mesa, extendiendo un paño blanquísimo, moviendo la bolsa de tela donde estaban los ojos y las bocas (el sonido y la furia, la realidad y el deseo, el olvido y la calma), colocando una cabeza de muñeca, una piedra,

un hueso, una semilla. Octavio enseguida pudo ver que de aquel hombre salía otro que él conocía muy bien. Las olas iban dejando espuma sobre el paño y el viejo se agachaba aquí y allá recogiendo los caracoles que vestirían (protegerían) la ermita. La ermita que ya se erguía sobre la mesa con su boca oscura y sus columnas como pingas durísimas sosteniendo un reloj detenido para toda la eternidad en la una y cuatro minutos. Y Octavio, otra vez niño, con el pan aún caliente bajo el brazo, se arrodillaba a la entrada para hablar con Dios, porque dentro estaba Dios, desde adentro le hablaba Dios y su voz sonaba como las olas. Su padre le abría las manos y en una colocaba una piedra pómez y en la otra un ojo de buey y la boca se la llenaba de peonías, santajuanas y semillas de marañón y toda la playa la sembraba de cabezas de muñecas. Su padre las coleccionaba y ahora lo miraba malicioso mientras, también de rodillas, escarbaba su mina secreta en la loma y extraía la bolsa (un cordel cerraba la abertura: vidrios, pedacitos de vidrio) y la agitaba delante de sus ojos mientras pedía el auxilio de todos sus muertos y sus santos, empezando por el que abre y cierra los caminos. Un camino que atravesaba el placer donde estaba la caseta derruida y la poceta. El niño observa como la mujer se alza en la punta de los pies para acercarse a la cara del hombre que permanece en lo oscuro. Sin duda quiere decirle algo extremadamente importante que él no debe oír. Después la aprieta por la cintura y se funden con la oscuridad. Bolas transparentes, bolas todas iguales, que él le traía, bolas lanzadas contra un círculo mientras Alberto comenzaba su invocación: Con licencia de abuela Tata, de abuela Blanca, de abuela María la del Vedado, de Ta Rogelio, de Clotilde la Bruja y de

Rosario la Bruja, de Arcadio Palocruzado rayado en la prenda Buey Suelto, de Ma Pachilanga, El Bolo, Ta Antón, Nañá Bulukú, Taita Gaitán, Santa Flora de la Merced, Florinda Pastor, Tata Perico, José Tomás, Tiembla Tiembla, Jesús, María y José, Santo Niño de Atocha, Santo Niño de Praga, el Hermano José, San Lázaro, Santa Bárbara, Andrés Quimbisa y su báculo sagrado, Santo Cristo del Buen Viaje, San Pedro y San Pablo, San Francisco de Asís, San Juan Bosco, La Virgen de la Candelaria, La Virgen del Rosario, Santa Filomena, San Luis Beltrán, el Ánima Sola, San Benito de Palermo, San Silvestre del Monte, Mamá Canasta, Ayalúa y Saibeke, Ma Lydia Cabrera, Tronco Seiba, Monte Carmelo, Padre Cachimba, Doña María, Boma Sere, Ma Sofía y Ta Avelino, Gallo Ronco, San Roque, San Sebastián, San Nicolás de Tolentino, Santa Acela, Ma Micaela, el arcángel San Miguel, Santa Ana, San Hipólito, Santa Rita, Cuatro Vientos Vrillumba Congo, San Gabriel y San Felipe, San Antonio Dagoberto y Santa Maximiliana de la Concepción. Todos mis muertos y mis santos y mis guías espirituales y su Ángel de la Guarda. Alberto se sopla las manos y vuelve a tirar y el niño desnudo mira a la mujer y le ofrece miel de aguinaldo. Ella lo toma de la mano y los dos entran (para Octavio es la primera vez) por la boca de la ermita. Dentro hay una calle circular que contiene los mares y los ríos. Todo era viejo y lindo a la vez, no había árboles ni cielos. Entraron en la primera casa que era en La Lisa, con una ventana de barrotes que se alzaba desde el suelo hasta el techo. Sintió deseos de asomarse aunque sabía lo que iba a ver, el ronroneo de un cilindro azul. Salió y entró en la segunda casa. Una cuartería a un costado de la loma de la iglesia en Jesús del Monte. El Padre

Gasolina le embarraba el rostro de cascarilla mientras lo bautizaba. Salió y entró en la tercera casa. Un cuarto con divisiones de cartón en los altos de la botica. Una palangana con una nata de churre y una ventanita alta donde colgaban macetas con flores. A medio camino entre el solar de Tata y la fuente de bordes carnosos al pie de los laureles. Salió y entró en la cuarta casa. Mantilla, un mangal, un carnero que nunca termina de morir (Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros). Salió y entró en la quinta casa. Barrio Azul, una casita de madera con el techo de papel agujereado, una zanja que era un abismo para los niños y los ríos que venían de la loma. Salió y entró en la sexta casa. También en Barrio Azul, de mampostería, con unos muebles estirados y blancos y el piso como un tablero de ajedrez. En ninguna había nadie, todas estaban vacías. Salió y entró en la séptima casa que terminaba junto, pared con pared, a la primera, lo que significaba que le había dado la vuelta completa a la rotonda (siempre el mar y los ríos en el centro) y que cerraba el círculo. Se detuvo, no reconocía nada, ni cosas ni seres, había rostros nublados y cuerpos extraños que no podía definir. Solo a la mujer, otra vez frente a él, que le habla al oído, que le dice que sí, que lo conseguirá, que podrá irse de aquel infierno y que esta sería su nueva casa. Después dice nueve palabras que él no entiende. Y al final: tendrás aviso, tendrás prueba, antes del 8 de septiembre, y luego, antes de irte, volverás conmigo y Carlos Miguel al Barrio de Campeche. Te enseñaré las siete villas y se cerrarán los círculos, por ahora, para que puedas partir en paz. Entonces se da cuenta de que es ella la que le ha hablado por la boca de Alberto, que sonreía. Cuando llegues a donde llegues, le dice aho-

ra Alberto, quiero que me hagas un favor. Quiero que me mandes Vitamina C, que la necesito y aquí es muy difícil, casi imposible de conseguir. Alberto recoge los caracoles, roza con la punta de los dedos los bordes de las copas de agua, se pasa la mano por la frente sudada. Toca los collares, se quita el gorro blanco. Te voy a preparar un resguardo porque lo vas a necesitar, no todo va ser fácil, hijo, es un camino largo (*the long and winding road*). Gracias, Alberto, y cuente con eso, el primer dinero que consiga será para comprarle sus pastillas. Cierra los ojos y después todo se le confunde y cuando viene a ver está corriendo por la Avenida del Puerto hacia la parada de la ruta 1, sin importarle nada, ni los carros que le cruzan por delante ni sus chapas, ni aquel imbécil disfrazado de extranjero que se tapa la cara con el periódico...

ÍNDICE

A propósito de la Colección «Mariel»	7
1 Los caracoles y los círculos, agosto de 1983	13
2 Abel y Thais, septiembre de 1983	25
3 Arturo y Carlos Miguel, octubre de 1983	80
4 Rafael, Emilio y los nadis, noviembre de 1983	120
5 El adiós a la Virgen, viernes 2 de diciembre de 1983	171
6 <i>Le jour du départ est arrivé</i> , lunes 5 de diciembre de 1983	205
7 Veinte años después, diciembre de 2003	233
Notas	287

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

